

para trasladarse á ella la reina diariamente y dar allí á luz el fruto que llevaba en sus entrañas (1). Indignado el sarraceno, dió la muerte por su propia mano al judío portador de tan insolente mensaje, y no contribuyó poco este atentado á que don Alfonso, ardiendo en sed de venganza, estrechase á Almu'tamed con tan poderosos medios, que le hiciese preferir el entregarse con el ruinoso Estado andaluz en brazos de los almoravides.

¿Quién cuidaba entre tanto de aquella perla del arte arábigo? Probablemente estarían desiertos y abandonados aquellos hermosos palacios, y sus antes deliciosos jardines, yermos y convertidos en madriguera de alimañas. Los bereberes habrían despojado sus lujosos pabellones, robado todas sus riquezas, destrozado aquel artificioso estanque de líquido mineral, aquellos tronos de oro y pedrería, aquellas fuentes de bronce y mármoles, aquellos baños voluptuosos, aquellos artesonados de oro, mármoles transparentes y maderas incorruptibles, aquellas arcadas de ébano y marfil, aquellas costosas alfombras, aquellos doseles de brocado....

Muchos cercos sufrió la antigua sede del Califato andaluz desde D. Alfonso VI hasta S. Fernando en poco más de cien años, y en este tiempo no hallamos que hicieran aprecio alguno de la desolada y desierta Medina-Azzahra ni los almoravides, ni los almohades sus impetuosos sucesores. Cuando el santo rey tomó á Córdoba, no quedaban ya en pie más que los muros de un alcázar que tantos tesoros había contenido, teatro de los más gloriosos acontecimientos del Califato de Occidente y testigo de una prosperidad que había de parecer fabulosa narrada por la historia. El tiempo había hecho su oficio: todas las construcciones poco sólidas se habían reducido á polvo: la tierra, tan afanosa por tragar los monumentos de los hombres que le arrancan

(1) Dicen los historiadores árabes que la petición del rey D. Alfonso fué sugerida por los obispos y eclesiásticos que le acompañaban, por considerar que el alumbramiento de la reina sería más meritorio á los ojos de Dios en aquel lugar, que había sido antiguamente basilica cristiana.

los tesoros de sus entrañas, había recobrado lo suyo; y con su incesante é imperceptible crecimiento, cubierto ya las marmóreas escalinatas rotas, los pavimentos de piedra desnivelados, los acueductos, algibes, estanques, fuentes, baños: todo lo somero y lo profundo; sobre lo cual tendió largos años su capa de nieves y barrizales el aterido invierno, su verde manto de grama la alegre primavera, sus tejidos de cardos, espinos y punzante maleza el abrasado verano, y el otoño su seca y amarilla vestidura de despojos: Lo alto y fuerte perdió paulatinamente su delicado y deleznable revestido de estucos pintados y dorados, sus armaduras de alerce: y quedó desnudo. Los reyes moros de Sevilla se llevarían á la nueva corte algunas hermosas columnas y otros objetos útiles para sus construcciones; pero muchos materiales preciosos quedaban todavía á no dudarlo en aquello que sólo parecía un castillo arruinado en los días de la reconquista.

Ya en este tiempo había perdido el vulgo la memoria del origen de Azzahra, y sus diseminados vestigios habían hecho nacer entre los cristianos vencedores una falsa tradición respecto del antiguo asiento de Córdoba, de que luégo participaron los historiadores de mejor criterio. Y al hacer el santo rey el repartimiento de Córdoba y su tierra entre los ricos-hombres, caballeros y órdenes religiosas que habían asistido á la conquista, ya la ciudad de la esclava querida de An-nasír había perdido su nombre por el impropio de *Córdoba la vieja* (1).

Con éste perseveró desde entonces, y el nuevo nombre contribuyó á que se desvaneciese del todo en los siglos sucesivos el recuerdo de una población tan novelesca por su origen, tan interesante por las escenas en ella ocurridas, tan maravillosa en todo: que había rivalizado con las más famosas ciudades orien-

---

(1) En el referido repartimiento el rey *retuvo para sí* el campo de *Córdoba la vieja*, y en una donación hecha por el mismo monarca á 20 de febrero de la Era 1279 (A. D. 1241), que cita Gómez Bravo (t. 1.º, pág. 4), se dice: *contra Cordubam la vieja*.

tales y sostenido dignamente el paralelo con los soberbios palacios de los reyes Ninivitas, Achemenios, Sassanidas y Abassidas.

De *Córdoba la vieja* se hace mención en algunos documentos de la Edad media; de Medina-Azzahra nunca. Aquel asolado campo, con su ruinoso castillo, pasa, no sabemos cuándo, del patrimonio real al patrimonio municipal: llega el año 1405, viene á Córdoba un venerable religioso jerónimo (1) á solicitar la fundación de un convento de ermitaños en la sierra, y la noble viuda de D. Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los donceles, le cede para este piadoso objeto una huerta que poseía contigua á *Córdoba la vieja*: y la ciudad le da para él mismo fin en 1408—las ruinas del Castillo de Córdoba la vieja, ya propiedad suya. El arruinado castillo viene entonces al suelo: los sillares de sus muros son acarreados al cerro inmediato donde los padres jerónimos edifican su convento; los tableros esculpidos de barro y piedra que los revestían caen despedados entre la yerba donde permanecerán acompañando al sueño secular de las otras ruinas anteriores, ya sepultadas en aquel *campo de soledad*, hasta que un anticuario los remueva y los desdeñe desconociendo su procedencia (2), y venga luégo otro (3) y los admire como lo que realmente son, aunque sin saber tampoco el nombre que llevaron. De los despojos aparentes apenas queda alguno útil que los buenos frailes no se lleven á su monasterio: cargan con cuántos capiteles y fustes de mármol yacen sobre aquella vasta sepultura de grandezas; llévanse cuánta piedra les parece acomodada á la construcción de su templo, de su claustro, de su capítulo, trazados según el florido sistema ojival terciario; llévanse por fin hasta un cervatillo y una cierva de bronce hueco (4) hallados entre los escombros, que quizás en otro tiempo

(1) El P. Fr. Vasco.

(2) Ambrosio de Morales.

(3) El licenciado D. Pedro Díaz de Rivas.

(4) Estuvo el ciervo en el convento de S. Jerónimo de la Sierra hasta hace pocos años. Ahora se halla en el Museo provincial. Es de alto poco más de un pié: el carácter de su forma es puramente ornamental, según la tradición del arte anti-

habían deleitado en alguna fuente del palacio de Azzahra los ojos de su mimosa dueña, y acomodan uno de ellos á un pilón del claustro del santo cenobio.

Á todo esto, nadie sabía ya que hubiese existido Medina-Azzahra. Las ruinas de *Córdoba la vieja* pasaban por reliquias anteriores á la dominación agarena, y deshecho el castillo, no quedó al parecer piedra sobre piedra en aquella vasta, ondulosa y verde planicie, ya convertida en dehesa.

El erudito cronista de Felipe II, que vivió algunos años en el monasterio de S. Jerónimo de la Sierra, obcecado con el error vulgar, no vió lo que saltaba á la vista, esto es, que los fragmentos de arquitectura decorativa de mármol, piedra y barro cocido, que se hallaban diseminados por la dehesa de *Córdoba la vieja*, eran de la misma casta que la ornamentación del Mihrab de la mezquita mayor (1). Otro anticuario más perspicaz en estas materias trató de corregir la falsa opinión, y éste convenció á otros de que aquellos despojos pertenecían á alguna suntuosa fábrica de sarracenos (2). Nada se adelantó sin embargo; las antigüedades árabes tenían poco que esperar de la tendencia que tomaban á la sazón los estudios arqueológicos.

Fué preciso que pasaran otros dos siglos, y que un orientalista dotado de ingenio y gracia para cautivar contando las cosas de la España árabe (3), en una época en que la ilustra-

guó, como el de los colosales mitos de Nínive, como el de los toros, leones y monstruos fantásticos de Persépolis, como el de los famosos leones de la Alhambra. Tiene la cabeza algo levantada, y la boca abierta como en disposición de arrojar por ella un caño de agua. La cierva, de la misma materia y tamaño, fué llevada al monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe. No sabemos si se conserva.

(1) Ambrosio de Morales en sus *Antigüedades* se esforzó vanamente en persuadir que *Córdoba la vieja* era la *colonia patricia* fundada por Marcelo. No se hizo cargo de los fragmentos de arquitectura decorativa, puramente neo-griega, por allí diseminados, ni conoció el estilo arábigo del ciervo de bronce que le estuvo una porción de años vertiendo el agua en la pila del claustro de S. Jerónimo, cuando él hacía vida de monje.

(2) El citado D. Pedro Díaz de Rivas. Véase el Discurso primero de sus *Antigüedades de Córdoba*. Siguiéron su opinión el P. Roa (*De Cordubæ in Hispania Bética principatu*), Gómez Bravo (obra citada), y otros.

(3) D. José Antonio Conde en su *Historia de la dominación de los árabes, etc.*



CASA DEL INDIANO

ción se ceñía casi exclusivamente á lo latino y griego, volviere á pronunciar el nombre de *Medina-Azzahra* para que se despertase entre los literatos y anticuarios, con la afición perdida á las historias de nuestros antiguos dominadores, el deseo vehemente de investigar el asiento de aquella célebre población. Pero como aquel mismo arabista daba acerca de su situación noticias equivocadas (1), se buscó en vano por muchos años lo que tanto se deseaba hallar.

¿Quién había de imaginarse que las reliquias de los palacios más sorprendentes que vió la España musulmana estaban sepultadas en una dehesa de un mayorazgo (2), de la cual ya nadie se acordaba ni aun para esclarecer la duda que habían dejado en pie los anticuarios de los siglos xvi y xvii? Y sin embargo, la compilación de historias de la España árabe hecha por Ahmed Al-Makkarí, vulgarizada en Europa desde el año 1840 por la laboriosidad de otro arabista distinguido (3), nos estaba revelando lo que en aquel abandonado campo debíamos prometernos.

No está, no, la triste y dolorosa ruina de la más bella creación arábigo-bizantina donde la buscan todavía muchos apasionados de aquel arte. No busquéis el grandioso rastro de Azzahra ni en las orillas del Guadalquivir, ni en lo recóndito de la Sierra. Hélo ahí, á tres millas de Córdoba entre norte y poniente, donde todos los escritores árabes de más autoridad situaron siempre la hermosa joya. Su dicho concorde es mi testimonio, y en prueba de que el arte lo confirma, ahí tenéis esos fragmentos por mi propia mano recogidos entre la maleza y cardizales que cubren la llamada *suerte de S. Jerónimo* en la dehesa de *Córdoba la vieja*. Contempladlos, y os convenceréis de que los edificios

(1) Dicc que se hallaba á cinco millas de Córdoba, Guadalquivir abajo.

(2) Es esta dehesa propiedad de los marqueses de Guadalcazar, no sabemos desde cuándo.

(3) Nuestro citado amigo D. Pascual de Gayangos, que tradujo del árabe en correcto idioma inglés la historia de Al-Makkarí para la Sociedad asiática de Londres. Salió á luz este interesante trabajo en 1840.

de que formaron parte sólo han podido pertenecer á la época más floreciente y á la población más famosa del Califato andaluz. Ahí tenéis todos los elementos de la ornamentación más bella y graciosa que creó el Oriente y regularizó el genio estético de los pobladores del Archipiélago: las *postas* que figuran las olas de la mar; los *meandros* ó *grecàs* de listones que se interrumpen y cortan en ángulos rectos; los *enlaces* ó *entrelazos*, combinación preciosa de líneas rectas y curvas que imita las trenzas del cabello; las *palmetas* en que con la mayor donosura alternan hojas agudas y hojas obtusas, unas replegadas hacia dentro, otras hacia fuera, imitación feliz del *loto* asirio y de las palmas fenicia y tebaná; el *acanto silvestre* tan parecido á la hoja del punzante cardo; el *tulipán* y la *flor de loto*, graciosa importación del arte de Persépolis, al cual fué comunicada por la arquitectura de Nínive y Babilonia, etc. Y advertid que además de estos pedazos de piedra y barro tan lindamente trabajados, quedan en *Córdoba la vieja* otros de mármol labrados con el mismo exquisito gusto, algunos de fondo de color, sobre el cual destacan esos tan relevados, y bien recortados adornos; y en la huerta de S. Jerónimo no pocos capiteles que de allí se sacaron, los cuales podrían sostener la competencia con los capiteles corintios del famoso monumento de Lisícrates de Atenás (1).

La dehesa de *Córdoba la vieja*, que á los ojos del vulgo no es más que un llano descampado, con leves sinuosidades hacia la parte de la Sierra en cuya falda apoya, y donde sobre la viciosa vegetación espontánea propia de aquel delicioso clima

(1) Por los capiteles árabe-bizantinos que abundan en la parte más exornada de la mezquita mayor, se formará el lector una idea exacta de los de Medina-Azzahra que no ha sido posible ni dibujar siquiera.

Al considerar estos preciosos indicios de la gran pureza á que llegó el arte bajo los reinados de Abde-r-rahmán III y de su hijo Al-hakem II, casi se atreve uno á creer que los árabes-españoles sintieron mejor que los bizantinos la belleza del arte helénico, y que muchos elementos de la arquitectura griega de los buenos tiempos revivieron en el arte andaluz de los siglos IX y X hallándose casi proscritos por la arquitectura de Bizancio.

descuellan de trecho en trecho algunas encinas é higueras silvestres, se descubre inmediatamente á los ojos del observador atento como vasta ruina de alguna construcción importante, y á los del arqueólogo como precioso depósito de una de las páginas más interesantes del libro monumental: página lastimosamente despedazada, más no del todo perdida. Merced á nuestra natural incuria; por regla general deplorable, ahora por excepción benéfica, consérvanse hoy estas ruinas próximamente en el estado mismo en que se hallaban á fines del siglo xvi y principios del xvii, cuando nos las describían Ambrosio de Morales y el licenciado Díaz de Rivas sin saber de cuán noble cadáver hacían la filiación (1). Algunos preciosos vestigios que ellos vieron, han desaparecido: quizás han sido cubiertos por la lenta crecida del terreno. Lo que hoy allí principalmente se advierte es una elevación de forma cuadrangular y superficie llana de unos ciento setenta pasos de longitud, con declives por los tres lados de oriente, poniente y mediodía, y por el norte unida á la Sierra con varios montículos de figura irregular, no de formación natural, sino de escombros en que fácilmente se hallan trozos de piedras bellamente labradas, lastras de mármol rotas y otros objetos, con sólo remover la masa pulverulenta que cubre la yerba. En el centro mismo del límite meridional de la alta planicie que domina la llanura, hay un hueco cubierto de espesa maleza, como indicio de haber existido allí alguna puerta, y desde este punto de la explanada parte recta al mediodía por lo bajo de la campiña una especie de calzada que finaliza en un objeto informe de fábrica de argamasa y mampostería, pié tal vez de algún robusto torreón de entrada. ¿Sería éste por ventura vestigio de aquella segunda puerta de ingreso al alcázar

---

(1) Véanse las descripciones que en sus citadas obras hacen de los vestigios de *Córdoba la vieja*. Estas descripciones pueden hoy servir de utilísima guía para una exploración detenida de aquel campo, pues en ellas se indican con gran minuciosidad los parajes que ocupaban algunos curiosos objetos, torres, cisternas, etc., que hoy ya no se ven, y que sin duda ha cubierto la *marea* de la llanura.

árabe, por donde pasaron á caballo D. Ordoño y su introductor Ibn Talmís? ¿Sería aquella otra brecha que hemos visto en el declive meridional de la plaza rectangular, la subida á la plataforma donde se apeó el rey destronado? ¿Ó sería más bien esta misma plaza aquel famoso terrado de los tres pabellones donde tantas cosas memorables acaecieron?... Últimamente, aquella singular planicie, obra evidente de los hombres y no de la naturaleza, ¿es un mero terraplén, ó es el resultado de un hundimiento que conserve quizá intacta la planta baja de alguna importante construcción? ¿Quién podrá hoy saberlo? No faltan allí en verdad reliquias de grandes edificaciones, y cuando otra cosa no hubiera, bastaría un soberbio ramal de acueducto que sale del costado de oriente de la indicada plaza en dirección S-E., todo revestido interiormente de durísima costra de betún liso y bruñido como escayola, para persuadirse de la gran probabilidad de poder exhumar en este paraje muchos tesoros del arte.

Con mala estrella por cierto hemos comenzado nosotros esta obra (1). Esperemos sin embargo que otros la proseguirán con mejor fortuna; y entonces, si el continuador del que con plausible modestia no hizo más que ensayarse en el bosquejo

---

(1) Siendo esta superior á mis medios como particular, tuve el honor de excitar al gobierno en diciembre de 1853 á que hiciese una exploración arqueológica en la referida dehesa de *Córdoba la vieja*, reservándose el emprender excavaciones en regla si aquel previo reconocimiento prometía algún resultado útil á la historia del arte. No puedo quejarme de haber sido recibido con indiferencia; al contrario, mis indicaciones, el relato fiel de lo que en aquel campo había yo visto, y la mera inspección de los fragmentos por mí recogidos, despertaron en el Sr. D. Agustín Esteban Collantes, á la sazón ministro de Fomento, el más plausible entusiasmo: nombró inmediatamente en Córdoba una comisión que entendiéndose en los trabajos de exploración, y facilitó el pequeño fondo que se creyó suficiente para llevarlos á cabo. Confiémosen al Sr. Gayangos y á mí el cargo de dirigir á los comisionados de Córdoba, los cuales por su parte, animados del mejor celo, dieron desde luégo señales de actividad. Los Sres. D. Ramón Aguilar Fernández de Córdoba, D. Francisco de Borja Pavón y D. José Saló, fueron los comisionados: hicieron de su parte cuanto era de apetecer para el logro del objeto principal de las instrucciones que les fueron remitidas, que era cerciorarse de si había ó no edificación soterrada en aquella planicie ó plaza elevada rectangular de que dejo hecho mérito. Por causas impre-

de la historia de la arquitectura en España (1), emprende la ardua tarea de analizar detenidamente todos sus períodos y desentrañar sus singularísimos é interesantes sincronismos, quizás donde aquél se lastimaba de encontrar un deplorable vacío, tendrá ocasión de trazar con animación y elocuencia la fiel descripción de muchas bellezas artísticas todavía oscurecidas.

vistas no pudieron comenzar los trabajos hasta mediados de mayo de 1854, pero en cuanto los principiaron, aparecieron al abrir una zanja en la planicie referida, vestigios de muros y un enlosado con una canal que forma un ángulo recto, dispuesta al parecer para conducir aguas. Desgraciadamente el Sr. marqués de Guadalcazar, dueño de la dehesa, al otorgar su consentimiento para dicha exploración, había impuesto á los comisionados de Córdoba dos condiciones que ignorábamos en Madrid, y que imposibilitaban la continuación de la tarea comenzada, á saber: que la excavación había de suspenderse á fin de mayo, y que no había de poderse cortar ni quemar árbol, arbusto, ni mata de ninguna especie. Cabalmente el desmonte de la gran mata silvestre que obstruye el hueco ó caverna del declive meridional de la plaza alta, era una de las primeras instrucciones que habíamos dirigido á la comisión de Córdoba; y por otra parte el vaciado de la excavación practicada no podía ampliarse útilmente en siete días que faltaban hasta fin de mayo no cortando matas ó arbustos. Es, pues, excusado añadir que la exploración quedó desde entonces paralizada.

(1) El Sr. D. José Cavada, quien en su *Ensayo histórico* se lamentaba con sentidas frases de que no se conserve siquiera un solo vestigio que nos indique hoy el lugar que ocuparon los palacios de Azzahra.

FIN

# INDICE

Capítulos.	Pág. <sup>ª</sup>
I.—Primeras impresiones recibidas en Córdoba.—Ojeada general sobre su historia. . . . .	5
II.—La Mezquita Aljama ideada por Abde-r-Rahmán I. . . . .	49
III.—Realízase la idea del Amir.—Condición de los cristianos bajo los sarracenos en Córdoba. . . . .	75
IV.—Terminación de la mezquita primitiva.—Cuadro general de la cultura sensualista mahometana. . . . .	105
V.—Los cristianos mozárabes. — Martirios y apostasías. — Ritos y ceremonias de los muzlemitas. . . . .	143
VI.—Periodo de gestación en las dos arquitecturas mahometana y cristiana.—La fábula de Cástor y Pólux, como representación alegórica de los dos artes rivales.—Nuevo florecimiento del arte mahometano, consignado en las grandes obras que emprende Al-hakem II en la Mezquita Aljama. . . . .	185
VII.—Europa al terminar el siglo x.—Decadencia del arte arábigo en tiempo de Almanzor; crecimiento de los Estados y del arte cristiano en la Península, y hechos que preludian la caída del Califato cordobés. . . . .	217
VIII.—Conquista de Córdoba por S. Fernando.—Erección de la mezquita en catedral: primeras obras del arte cristiano en ella. . . . .	243
IX.—Erección de la Mezquita Aljama en Catedral.—Primeras obras del arte cristiano en ella. . . . .	259
X.—El siglo xiii: fe y tolerancia: asociación de elementos opuestos.—Sincronismos.—Fundación de la Capilla Real. . . . .	287
XI.—Amalgama de los dos estilos, gótico y sarraceno. — Tracto del siglo xiv al primer tercio del xvi; fundaciones y memorias de este período . . . . .	305
XII.—Edifícase la catedral nueva.—Marcha del arte durante su construcción.—Causas del Renacimiento. . . . .	343
XIII.—Descripción de la Catedral.—Continúan las fundaciones en ella.—Carácter mixto de nuestra arquitectura en el siglo xvi. . . . .	375
XIV.—Fisonomía de la arquitectura en el siglo xvii y primera mitad del xviii.—Memorias de la Catedral en este período. . . . .	397
XV.—Córdoba mozárabe.—Vida de los cristianos en ella: sus templos, su culto, sus santos y doctores.—Cismas y apostasías. . . . .	429
XVI.—Los monasterios de Córdoba en los siglos ix y x.—Los escandinavos y los sarracenos.—Tribulaciones de los mozárabes.—Fin del Califato.—Dispersión y cautiverio. . . . .	457
XVII.—Panorama de Córdoba en su estado actual. . . . .	491
XVIII.—Medina-Azzahrá . . . . .	521

# PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

---

	<u>Páginas.</u>
Vista general de Córdoba. . . . .	4
Tipo de mujer del pueblo. . . . .	8
Tipo de hombre del pueblo. . . . .	24
Interior de la Mezquita. . . . .	130
Custodia de la Catedral. . . . .	332
Tras-altar mayor de la Catedral. . . . .	344
Interior de la Catedral. . . . .	376
Coro de la Catedral. . . . .	384
Hospital de niños expósitos. . . . .	512



Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA